

Fernando R. de la Flor & Daniel Escandell Montiel. *El gabinete de Fausto: “teatros” de la escritura y la lectura a un lado y otro de la frontera digital*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2014. ISBN: 978-84-00-09804-9. 271 pgs.

Reviewed by: José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá



Los años finales del siglo XX y los primeros del XXI han sido testigos de la revolución seguramente más profunda y radical en los hábitos de la recepción de los discursos y de la cultura que se haya producido nunca. Todo parece indicar, por si no bastara con eso, que nos hallamos solo en los prolegómenos de unas transformaciones que van a ser mañana mismo (o que están empezando a ser hoy) mucho más marcadas y decisivas. Dentro de un cuadro tan volátil como este, los conceptos de escritura y de lectura que ocupan el centro de las páginas de este libro se ven cada día más desquiciados por un vendaval de novedades tecnológicas que traen consecuencias sociológicas y culturales instantáneas. De hecho, hasta se nos están quedando cortos los conceptos mismos de instantaneidad y de causalidad, porque hoy basta con anunciar el advenimiento de cualquier nuevo dispositivo digital-virtual para que una parte del sistema de la cultura se ponga al instante a acomodarse y a empezar a funcionar de manera diferente para acogerlo. Las nuevas tecnologías de la escritura y de la lectura triunfan antes incluso de que nos lleguen, y traen consigo, no ya en cada irrupción, sino en cada augurio (como si tuvieran algo de mágico), funciones que desbordan por completo las anteriores, y que van arrinconando los avatares, de día en día más decrepitos, del escribir y el leer. En favor de los remozamientos fulgurantes que están conociendo el hablar, el escuchar y el contemplar, que serán (o más bien volverán a ser) las estrategias dominantes de la comunicación del futuro.

No será gratuito señalar, para poner de relieve lo resbaladizo del suelo en que este libro y todos nos movemos, que hasta los propios término e idea de “digital” que asoma en el título están llamados a convertirse muy pronto en anacronismos, puesto que los nuevos dispositivos serán cada vez menos digitales (si se entiende por “digital” la función de presionar con los dedos sobre un teclado o un icono) y se asociarán crecientemente a las funciones que pueden ser controladas mediante la voz, incluso

mediante el gesto. Nosotros hablaremos a la máquina y la máquina nos hablará a nosotros, y nosotros contemplaremos la máquina y ella nos contemplará a nosotros, y el leer y el escribir serán cada vez más inoperantes en esa relación.

Para intentar atrapar esta veloz sucesión de signos y de acontecimientos y bosquejar una hermenéutica que parta de una razonable y cautelosa etnografía de la escritura y de la lectura, Fernando Rodríguez de la Flor y Daniel Escandell Montiel se han repartido, con muy buen tino, las dependencias de este fascinante *Gabinete de Fausto*. El empeño de los dos en acotar, hacer inteligibles, buscar continuidades y contrapuntos entre las estrategias del escribir y del leer de la era predigital y de esta primera fase de la era digital en que vivimos es un programa de alto riesgo, porque resulta sin duda comprometido querer cartografiar un huracán cuando se está dentro de él. Los dos autores salen, en cualquier caso, más que airosos de la prueba, porque la competencia del primero para el análisis de nuestra cultura clásico-moderna está más que probada, y la pericia del segundo para navegar por las nuevas corrientes que anda buscando el discurso hipercontemporáneo (o como se le quiera llamar), también. Eso sin contar con que cada uno de ellos está bastante más que iniciado en las épocas y poéticas que caen más dentro de la competencia de su compañero de equipo, lo que hace que este libro acabe siendo no una suma sino una simbiosis de sus dos esfuerzos.

El *gabinete de Fausto* que pintan Rodríguez de la Flor y Escandell es todo lo contrario del espacio inmóvil y lóbrego que el título de su libro presagia. Los dos articulan su personalísima etnografía de las prácticas pasadas y presentes de lo librario mediante una suma de casos y de citas veloces, cortantes, sorprendentes, que desfilan como fregonazos de ilusionismo ante nuestros ojos aleccionados y suspensos. Como si los sacaran a borbotones de una chistera, sin cronologías ni contigüidades previsibles, Rodríguez de la Flor y Escandell van convocando nombres como los de (entre muchísimos otros) Luciano, Aulio Gelio, Lull, Dante, Montaigne, Goethe, Bécquer, Flaubert, Dostoievski, Proust, Rilke, Valéry, Kafka, Gómez de la Serna, Durrell, Neruda, García Márquez, Octavio Paz o Aníbal Sánchez (no por este orden cronológico, desde luego); entreverados con los de Pascal, Leibniz, Nietzsche, Walter Benjamin, Ravel, Le Corbusier, Arendt, Heidegger, Baudrillard, Derrida o Sloterdijk; y seguidos, después, por los de Casciari, Goldsmith, Kerckhove o Carr, que son críticos de la comunicación digital-virtual que no han tenido tiempo todavía de dejar demasiado (re)poso en nuestra limitada retentiva crítica.

Admira que el pulso del relato crítico de este *Gabinete de Fausto* nunca quede flojo, que cada nombre, cada título y cada cita entren en su trama con todos los merecimientos y sin dejar cabos sueltos, y que el *collage* de tantos nombres, obras, miradas, enfoques, acabe ensamblado en una lección personal pero coherente de lo que fueron antaño y son hoy los rituales del leer y del escribir. Algunos agradecemos, de paso, sin querer herir con ello ninguna sensibilidad, que el libro no comulgue ni nos traiga más refritos de los esoterismos e irracionalismos de las teorías psicoanalíticas (a mi parecer nefastas) de Jung, Lacan o Žižek, que tan en boga se están (re)poniendo hoy, y se contente con recurrir a algunas citas de los mucho más presentables e interesantes Freud o Deleuze, perfectamente traídas a cuento. Rodríguez de la Flor y Escandell muestran, en la cuidadosa elección de sus referentes, un empeño muy decidido en cimentar su libro sobre la razón de los textos y no sobre el sueño (o la pesadilla) de la especulación. Y un mérito más: que para ser el muy sesudo tratado de teoría de la cultura y de la literatura comparada que es, cada frase y cada pensamiento de este libro tienen una redacción cristalina y una inteligibilidad que no resulta tan común, por desgracia, en este campo disciplinar. A ello contribuye, seguramente, la claridad de la edición y la calidad y oportunidad de las fotografías e ilustraciones.

He dicho ya que este *Gabinete de Fausto* es una mezcla original y convincente de etnografía y de hermenéutica de los rituales históricos y post-históricos de la escritura y de la lectura. Muy representativo de sus intereses y alcances es, por ilustrarlo con un solo caso, el capítulo dedicado a las “estrategias protectivas” (128-133) de unos cuantos lectores-escritores ejemplares, que el libro ilustra con una hermosa fotografía de Valle-Inclán recostado sobre un sofá-cama mientras tiene un periódico doblado sobre el regazo, y luego con un grabado del siglo XV que representa a un eclesiástico lector entre su escritorio y su cama. Al lado de las dos imágenes, unas oportunas evocaciones de Juan Carlos Onetti metido en la que fue su cama-escritorio durante años, o de Goethe y la mesa de escribir que tenía casi pegada a su cama, con el subrayado de algunas glosas sutiles de Walter Benjamin.

Una casuística cercana había sido examinada, hace ya años, por Jean Starobinski, en el capítulo titulado “El filósofo acostado” de su libro *Razones del cuerpo* (29-34 de la traducción española, de 1999, de *Le souci du corps*). Starobinski repasaba, en aquel perspicaz tratado, las figuras acostadas, no lectoras pero sí habladoras o pensantes, de Sócrates, Descartes, D’Alembert (según fue evocado por Diderot), Tolstoi, Valéry, Michaux... El contraste entre los lecto-escritores pegados a sus camas de nuestro *Gabinete de Fausto* y los pensadores que reflexionan sobre sus lechos, mientras hablan o están en silencio absorto, e incluso mientras sueñan la arquitectura del mundo, elegidos por Starobinski, viene a matizar, incluso a relativizar, el valor de la lectura y de la escritura como prácticas culturales absolutamente dominantes y carismáticas, que es un dogma en el que muchos, acaso también los autores de este libro, parecen creer. De hecho, según recuerda Starobinski (31), la mitología y la mística de la indagación filosófica más íntima y concentrada (la que se hace sobre la cama) han sido capaces de prescindir, en tiempos incluso de fundación del pensamiento moderno, de los rutinarios papel y pluma, para operar dentro del espacio interior (en el caso que sigue, silencioso) del yo:

Si existe algún texto que presente, de manera ejemplar, la importancia de la sensación corporal es *El sueño de d’Alembert* de Diderot. En el diálogo central, pone ya en escena a un filósofo acostado, que está soñando en voz alta, y construyendo en su delirio lúcido el sistema de la vida universal desde el átomo sensible al embrión, desde el embrión al conjunto universal de los seres, a través del espacio y el tiempo infinitos. D’Alembert desarrolla un exaltado discurso sobre la génesis de lo vivo, sobre la red que se organiza a partir de los primeros gérmenes, y donde la energía material del mundo alcanza su pleno desarrollo en cuerpos animados, efímeros y gloriosos. Pero el pensamiento que se exalta en sus visiones, el mundo que se abre ante él empujan la ola del placer en el cuerpo del durmiente. En el momento en que el pensamiento, al término de sus esfuerzos de imaginación, alcanza una visión suprema, en la iluminación total de la realidad cósmica, el cuerpo del durmiente siente el orgasmo, derrama la simiente, lo cual impulsa el pensamiento hacia otras hipótesis biológicas. El entrelazamiento de lo sensible, de lo imaginario y de lo racional en la persona del matemático dormido, presenta en toda su evidencia la tríada cuerpo-espíritu-mundo, cuya interdependencia se dedicará a pensar, más cerca de nosotros. (Valéry)

Aunque en páginas como las 119-120 entran agudamente los autores de este *Gabinete de Fausto* en cuestiones tan sutiles como las de los ritmos, fonotopos, *tempi*, alturas o armonías de la escritura, y se atreven hasta a afirmar que “los grandes orfebres

del lenguaje son, siempre, *escritores de oído*; ocurre que han logrado captar el substrato armónico que subyace en todo sonido (o en su misma ausencia) y lo imitan y acompañan en su textualidad propia”, lo cierto es que se echa de menos, en las páginas de este tratado, más indagación acerca de las tensiones que siempre ha habido entre la escritura y la voz, la escritura y el silencio, y la escritura y la criatura de la que son engendrados la voz y el silencio: el ritmo. Sobre todo porque cada día resulta más evidente que nos adentramos en una época de neo-oralidad que va a ir progresivamente suplantando, quien sabe si al final de manera absoluta, a la neo-digitalidad de ahora.

Leer y escribir son tareas mucho menos naturales, mucho menos expresivas (el sacrificio del sonido, el silencio, el ritmo, el gesto, el paisaje supone una pérdida de valor comunicativo y poético importantísimo) y mucho menos económicas (en términos de gasto de tiempo y energía) que hablar, oír y ver. Y ante máquinas que nos van a dar la opción de hablar, oír y ver va a ser difícil que elijamos la opción, muy sobrepasada, del leer y el escribir. Es de esperar, por otro lado, que ni opción tengamos, porque muy pronto, cuando los dispositivos de comunicación vengan sin teclado (y quede de ese modo superada la era de la comunicación digital), no nos quedará más remedio que utilizar la voz en vez de la letra, que rescatar el sonido del plano segundón en que la escritura lo había tenido encerrado en los últimos siglos.

Este *Gabinete de Fausto* es, en fin, una de las reflexiones más lúcidas y originales que se han hecho, dentro y fuera de nuestro país, acerca de los elementos de continuidad y de diferenciación que unen, al tiempo que separan, las poéticas de la escritura predigital y la digital. Pese a la agilidad de sus reflejos y a los riesgos que asume, es libro destinado, como tantos otros, a convertirse muy pronto en pura arqueología. La velocidad a la que se mueven las tecnologías que encauzan nuestra relación con el mundo no nos respeta a ninguno, y la era digital, que hace muy poco era el futuro, ha empezado a ser ya vestigio del pasado.